

Latinoamericanismo, peronismo y guevarismo. Raíces del antiimperialismo montonero

Rocío Soledad Otero

Question, Vol. 1, N.º 56, e003, octubre-diciembre 2017. ISSN 1669-6581

<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/4327>

IICom- FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

La Plata | Buenos Aires | Argentina

Recibido: 19-08-2017 Aceptado: 21-11-2017

Cita sugerida: Otero, R. (2017). Latinoamericanismo, peronismo y guevarismo. Raíces del antiimperialismo montonero. *Question*, 1(56), e003. doi: <https://doi.org/10.24215/16696581e003>

Latinoamericanismo, peronismo y guevarismo. Raíces del antiimperialismo montonero

Latin Americanism, peronism and guevarism. Roots of montonero anti-imperialism

Rocío Soledad Otero

Instituto de Investigaciones Gino Germani;

Facultad de Ciencias Sociales; Universidad de Buenos Aires/

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

rociootero3000@hotmail.com

Resumen

El presente artículo propone una genealogía de las ideas antiimperialistas presentes en el pensamiento de la organización guerrillera Montoneros en sus orígenes. En primer lugar, analiza la tradición histórica de la región latinoamericana respecto de la caracterización del poder imperialista. En segundo lugar, el rol que ocupó la denuncia de la dominación imperialista en los primeros gobiernos de Perón. En tercer lugar, la centralidad que cobró la oposición a los Estados Unidos en el marco de los procesos de liberación nacional de los años cincuenta y sesenta en general y en la Revolución Cubana en particular. Finalmente, se

analizan algunas definiciones de Montoneros respecto del legado de todas estas experiencias históricas previas a su surgimiento, pero constitutivas de su identidad. De esta forma, es posible mostrar elementos de continuidad con dichas experiencias y percepciones, pero también operaciones simbólicas que dan cuenta de percepciones políticas de factura propia de esta organización.

Palabras clave: imperialismo; Tercer Mundo; Revolución Cubana; Perón; Montoneros.

Abstract

This article proposes a genealogy of the anti-imperialist ideas present in the thought of the Montoneros guerrilla organization in its origins. First, it is analyzed the historical tradition of the Latin American región, regarding the characterization of imperialist power. Second, the role played by the denunciation of imperialist domination in the first Peron governments. Thirdly, the centrality of the opposition to the United States in the context of processes of national liberation of the 1950s and 1960s in general and the Cuban Revolution in particular. Finally, some definitions of Montoneros are analyzed regarding the legacy of all these historical experiences, previous to their emergence but constitutive of their identity. In this way, it's possible to show elements of continuity with these experiences and perceptions, but also, symbolic operations that show political perceptions own of this organization

Key words: imperialism; Third World; Cuban Revolution; Perón; Montoneros.

A fines del siglo XIX emergió en América Latina una clave de lectura sobre el proceso de expansión capitalista, la distribución de poder mundial y sus consecuencias en la región, que se caracterizó por el rechazo a la dominación imperialista. Esto, en el marco de un fuerte proceso de desarrollo del comercio y las finanzas en el que países como Estados Unidos y Gran Bretaña se posicionaron como las economías más pujantes, de cuyas inversiones y mercados comenzaron a depender los países de la región, en general insertos en la división internacional del trabajo como exportadores de materias primas sin valor agregado. Durante el siglo XIX la región se había independizado de la dominación española, portuguesa y francesa, surgiendo nuevos estados nacionales que se consolidaron como tales bajo el liderazgo de elites cuyos intereses económicos se vincularon con los sectores exportadores y, en consecuencia, se encontraban directamente asociados a las potencias extranjeras (Arnaud, 1987).

José Martí (1853-1895), pensador y líder de la revolución de independencia de Cuba, fue pionero en la tematización de esta clave interpretativa respecto de la distribución de poder entre naciones y de sus efectos en América Latina, proporcionando tal vez el primer mojó para un pensamiento antiimperialista como matriz significativa con la cual comprender la realidad de la región, cuestionarla y promover transformaciones (Escribano Hervis, 2016). Dos décadas después de su muerte, en los años veinte, el antiimperialismo ocupó un lugar central en la reflexión política y social de la región, ubicando a América Latina en el contexto mundial. En términos de Patricia Funes, fue entonces cuando se instaló uno de los rasgos más significativos y persistentes de la reflexión regional del siglo XX, que posicionó al antiimperialismo como objeto teórico y político, delineó una frontera de pertenencia a escala regional y señaló destinos y estrategias comunes para la región, cobrando impulso conceptos tales como autonomía, autodeterminación, soberanía e independencia (Funes, 2006: 245).

En las décadas del treinta y del cuarenta el surgimiento de los llamados populismos en América Latina (Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México y Juan Domingo Perón en la Argentina) condujo a la aparición de nuevos clivajes políticos a partir de los cuales representar y canalizar, por ejemplo, las demandas de la clase obrera y del campesinado. Este es el momento de declive de los partidos de izquierda tradicionales y de auge del nacionalismo y del populismo, corrientes políticas nuevas que, al presentarse en forma combinada, enfatizaron tanto en la soberanía y en la independencia como en la situación de los excluidos y marginados del sistema, la obtención de derechos sociales y laborales, la propiedad de la tierra, el ejercicio efectivo de la participación ciudadana y la mejora en las condiciones de vida.

En este nuevo contexto, el sentimiento antiimperialista delimitó con más énfasis al "otro": los Estados Unidos y sus intereses económicos. El posicionamiento de este país como el principal enemigo de la región fue una herramienta simbólica para delimitar las fronteras de la nación con respecto a otras y señalar enemigos internos, las clases privilegiadas involucradas con los negocios sobre los cuales este país mostró particular interés, como el petróleo venezolano o los minerales bolivianos, por citar dos casos (Ansaldi, 2002).

Luiz Alberto Moniz Bandeira afirma que la forma en que el nacionalismo en los países de América Latina se desarrolló en oposición a los Estados Unidos responde a la forma en que, desde el principio del siglo XIX, la expansión de sus intereses económicos en la región jamás respetó ninguna frontera, actitud que se profundizó en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, cuando la preocupación central de los Estados Unidos se vinculó con la necesidad de asegurar un contexto favorable para negocios, inversiones y obtención de materias primas, entablando con la región relaciones similares a las de las metrópolis con sus colonias. Además, en esta etapa, Estados Unidos fomentó golpes de Estado en América Latina y dedicó importantes esfuerzos a demonizar al nacionalismo latinoamericano, que fue caracterizado

como una variante latinoamericana del nazi-fascismo aliado a las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

En el contexto de la confrontación bipolar del poder internacional que caracterizó la Guerra Fría, se le otorgó al nacionalismo regional “un carácter cada vez más a la izquierda, en la medida en que se contrapuso a la hegemonía de los Estados Unidos y pasó a ser identificado, ya a comienzos de los años 50, con el comunismo” (Moniz Bandeira, 2008: 558). Puede verse con claridad esta confrontación entre Estados Unidos y el nacionalismo en el caso argentino.

Soberanía política, independencia económica, justicia social: la Argentina de Perón

En 1943, un golpe de Estado organizado por un grupo de jóvenes militares nacionalistas, entre los que estaba Juan Domingo Perón, dio por finalizada la llamada “década infame”, caracterizada por el fraude y la corrupción. Los gobiernos surgidos de la revolución del 1943, ocupados sucesivamente por Arturo Rawson, Pedro Ramírez y Edelmiro Farrel, procuraron mantener la neutralidad respecto de la Segunda Guerra Mundial, manteniendo la tradicional posición de la Argentina en otros grandes conflictos como la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil española. No obstante, la Argentina mantuvo una conducta pendular respecto de los Estados Unidos tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Desde la Primera Gran Guerra, este país insistía en proponer una unión panamericana para consolidar compromisos obligatorios de proyección continental. En enero de 1942, luego del ataque japonés a la base militar norteamericana en Pearl Harbor que motivó el ingreso de Estados Unidos en la guerra, se desarrolló en Río de Janeiro la Tercera Reunión de Consulta de Cancilleres americanos. El desarrollo de este encuentro diplomático dejó en evidencia que la intención de los Estados Unidos era que, al igual que habían hecho México, Colombia y Venezuela, el resto de los países del continente rompiera relaciones con los países del Eje. Castillo logró evitar que la Argentina renunciara a la política de neutralidad, pero las relaciones con el gobierno de los Estados Unidos se resintieron, comenzando una política de boicot económico y diplomático contra la Argentina que duró varios años (Corigliano, 2009: 66).

Poco después, el presidente Ramírez cedió y ordenó la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje. Dicha decisión causó malestar entre los militares nacionalistas, motivando la remoción de Ramírez de la presidencia y la designación de Farrel en su lugar. El nuevo gobierno fue desconocido tanto por los Estados Unidos como por Gran Bretaña, lo que profundizó el deterioro de las relaciones con estos países. Farrel, al igual que Perón –quien por entonces ostentaba los cargos de Ministro de Guerra, Secretario de Trabajo y Previsión y Vicepresidente de la Nación-, era un defensor de la integración económica de la Argentina y de la recomposición de las relaciones con los Estados Unidos. Sus gestiones lograron que el país

fuera invitado a la Conferencia de San Francisco que dio nacimiento a la Organización de Naciones Unidas (ONU), al igual que a la de Chapultepec sobre problemas de la guerra y la paz. La participación en estas reuniones tuvo como contrapartida el costo político de forzar al país a declarar la guerra a los integrantes del Eje a fines de marzo de 1945 (2009: 71).

Días después de la firma del decreto N° 6945 mediante el que Argentina declaró la guerra a los países del Eje, Buenos Aires y Washington reanudaron las relaciones diplomáticas. Sin embargo, la muerte del presidente Franklin Delano Roosevelt y su reemplazo por Harry Truman volvió a cambiar la percepción de los Estados Unidos respecto de la Argentina y la idea de que el país estaba aliado a los nazis ocupó un lugar central. Este cambio de enfoque se tradujo en la designación de Spruille Braden, primero como embajador de los Estados Unidos en el país entre mayo y septiembre de 1945 y luego como Secretario para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado norteamericano, quien asumió una posición hostil contra el gobierno de Farrell y contra Perón, impulsando el bloqueo de embarques con armamentos, operaciones de propaganda contra Perón entre los sectores castrenses y manifestaciones, como el manifiesto de la Cámara Argentina de Comercio y la Bolsa de Buenos Aires en junio, la Marcha por la Constitución y la Libertad en septiembre y la detención de Perón en octubre (Page, 1984:113).

Meses después, ya durante su campaña presidencial, Perón se ocupó de popularizar la doctrina de la Tercera Posición como una forma alternativa de organización del Estado y la nación que no asentaba sus fundamentos en las doctrinas que habían dado sustento a la organización capitalista y a la comunista. En un clima internacional signado por la Guerra Fría, Perón pretendió ofrecer una alternativa de organización social que no recaía en ninguno de los dos modelos surgidos de las entrañas de la Modernidad y que enfatizaba en la necesidad de independencia y soberanía nacional del país. El panorama político de cara a las elecciones de 1946 que consagró a Perón en la presidencia quedó conformado, de un lado, por el peronismo y los diversos sectores que le daban su apoyo; y del otro por la Unión Democrática, conformada por la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Comunista y el Partido Demócrata Progresista. En este contexto Braden redactó un documento titulado *Consultation Among the American Republics with respect to the Argentine situation*, conocido como Libro Azul, que el Departamento de Estado norteamericano dio a conocer poco antes de las elecciones. Allí se acusaba a Perón y a otros militares vinculados a la revolución del 4 de junio de elucubrar una alianza nazi-comunista y de tener posiciones y aspiraciones anti-norteamericanas. Según había expresado Braden en sus informes a Washington, se tramaban acuerdos secretos entre Perón y Vargas, ambos caracterizados como dictadores, junto al presidente de Paraguay y militares bolivianos y chilenos, con el fin de lograr una alianza contra los Estados Unidos que contaría con el apoyo soviético (Guadagni, 2008: 83).

A modo de respuesta, los sectores políticos que apoyaban al naciente peronismo impulsaron la publicación de un panfleto, editado en papel de diario y firmado por Perón, que se conoció como el “Libro Azul y Blanco”, que tuvo amplia circulación. En este panfleto se azuzó el rechazo a la figura de Braden y se popularizó una frase, “Braden o Perón”, que cobró el rol de eslogan y que sirvió para marcar una dicotomía política que vinculó el accionar de Braden en la Argentina con la defensa de los intereses oligárquicos y con la falta de autonomía e independencia nacionales. En el acto de proclamación de su candidatura, Perón denunció a Braden como “el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática (...) Sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista, que con este acto entregan el voto al señor Braden. La disyuntiva en esta hora trascendental es esta: ¡Braden o Perón! (Panella, 2004: 9).

He aquí un momento fundacional en el encuentro entre peronismo y antiimperialismo. En la retórica peronista, la defensa de los intereses de la nación se vinculó simbólicamente con el rechazo a la intervención norteamericana en el país, a través de la figura de Braden y la denuncia de su rol activo en los asuntos políticos locales, que se entendió como una limitación a la soberanía. Conceptos nodales de la doctrina política justicialista como los de pueblo y oligarquía se definieron tempranamente a partir de la caracterización de los intereses de clase de cada sector; los primeros, indisolublemente ligados con intereses extranjeros. Y dos de las tres banderas doctrinales que sintetizaron la concepción de Perón sobre lo nacional y lo popular, la independencia económica y la soberanía política, apuntaban a la necesidad de autodeterminación económica y política de la Argentina. Mientras que la tercera, la justicia social, afirmaba un rol activo del Estado en la distribución de las riquezas (1).

Para el caso que nos ocupa, es interesante poner en relación este espíritu antiimperialista que animará desde sus orígenes la prosapia peronista y otro, el que en los años sesenta, ya derrocado y exiliado Perón y proscrito el peronismo, daría forma a lo que es posible englobar bajo la expresión “imaginario tercermundista”. Las ideas en torno a la liberación nacional y el Tercer Mundo fueron una fuente de la cual abrevaron la mayoría de las corrientes de izquierda que hacia los años setenta hicieron proliferar por todo el continente experiencias de lucha política y contestación, que en el caso de América Latina se vieron atravesadas por el impacto de la Revolución Cubana.

Imaginario tercermundista regional: Nueva Izquierda y revolución cubana

La literatura sobre la Nueva Izquierda muestra que la definición de este movimiento, surgido en la década del cincuenta, implica atender a las particularidades de cada contexto nacional específico al mismo tiempo que a una serie de variaciones a lo largo del tiempo. Sin embargo,

existen rasgos comunes. Según Kepa Artaraz, conoció dos momentos. La primera Nueva Izquierda tuvo un gran abanico de intereses culturales y sociales y se asoció más directamente a los movimientos de liberación nacional surgidos luego de la Segunda Guerra Mundial en África y Asia, regiones en las que -a diferencia de América Latina- persistía la dominación colonial. Es en esta etapa que se acuñó el concepto de Tercer Mundo, que se institucionalizó en 1955 en la conferencia de Bandung, que reunió a la mayor parte de los nuevos países independizados con el fin de expresar su oposición al colonialismo. Según Artaraz, entonces, “ese ‘mundo’ representaba 1,4 billones de habitantes en un planeta con poco más de 2 billones, y su reciente emancipación le daba un nuevo status y peso político”. En un planeta dividido entre un primer mundo y un segundo mundo (Estados Unidos y la Unión Soviética), “el Tercer Mundo fue propuesto por la Nueva Izquierda como contrapeso” y un intento de romper la hegemonía conceptual que planteaba la división en dos bloques (2011: 200).

La segunda Nueva Izquierda, en cambio, varió su contenido político y en lugar de proponer una vía alternativa a la bipolaridad mundial, percibió un mundo dividido principalmente entre el norte y el sur. De esta manera, según Artaraz, las ideologías anticolonialistas se convirtieron en antiimperialistas, lo que se combinó con una creciente radicalización que llevó a intentos cada vez más violentos de subvertir el orden establecido (2011: 85). En este marco emergió un entramado de percepciones, conceptualizaciones y posicionamientos políticos sobre la condición de pobreza estructural de los países del llamado Tercer Mundo. Se trató de un conjunto de representaciones que entendió la situación de pobreza de estas regiones como una consecuencia de la dominación a la que se veían sometidas por parte de las potencias mundiales, que se combinó con el declive de los partidos comunistas y el modelo de sociedad que representaban.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 y la consolidación de un modelo comunista cuatro años después, tras la colectivización de los medios de producción y la destrucción del aparato estatal, significó una cesura en este proceso: el arribo del comunismo a América Latina, que conllevó una intensificación de la Guerra Fría. Según James Petras, aunque no hay dudas respecto del carácter socialista que asumió la revolución (dado que su objetivo era la expropiación de los medios de producción y su colectivización), “otros elementos resultan igualmente importantes en el proceso cubano: los aspectos antidictatoriales, nacionalistas y antiimperialistas” (Petras, 1986: 220-221).

Bajo la bandera de la lucha contra el comunismo, Estados Unidos encontró excusa para arremeter contra los gobiernos de varios países. Sin embargo, según afirmó Moniz Bandeira, la singularidad del proceso cubano, sometido a los embates constantes de los Estados Unidos, “exacerbó los sentimientos antinorteamericanos, que se volvieron más importantes que el marxismo-leninismo como fuerza para la movilización de las masas frente a la amenaza de intervención militar extranjera” (2008: 564). En efecto, la Revolución Cubana puso en evidencia

las contradicciones no resueltas entre los Estados Unidos y el resto del continente y se volvió un tema central en la discusión política de la época. Además, sus jóvenes líderes Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara se volvieron modelo de rebeldía y prototipo de combatiente, y la idea del "foco rural" comenzó a expandirse por la región de la mando del "Comandante Guevara" (2).

Algunos episodios han pasado a la historia como ejemplos emblemáticos de rol que asumió Estados Unidos en Cuba, como el desembarco en playa Girón en Bahía de los Cochinos organizado por la CIA y exitosamente sofocado por el gobierno de la revolución en abril de 1961. El 22 de enero de 1962, poco después de que Fidel Castro declarara públicamente la adhesión al marxismo-leninismo y el carácter socialista de la revolución, tuvo lugar la VII Reunión de Consulta de Punta del Este, en la que Estados Unidos exigió medidas de defensa contra la supuesta creciente dominación por parte de una potencia externa al hemisferio a través de Cuba y planteó que en estos casos, era legítimo intervenir en asuntos de otros Estados, logrando la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (Moniz Bandeira, 2008: 295). En respuesta, el 4 de febrero Fidel Castro pronunció un discurso en la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba celebrada en la Plaza de la Revolución José Martí, en la que se presentó, votó y aprobó un documento conocido como Segunda Declaración de La Habana.

En el extenso documento, traducido y distribuido en todo el mundo, se encuentra un relato que pretende explicar el sometimiento histórico de los países de América Latina y el Caribe por parte del imperialismo. Según la Declaración, el continente había sido explotado durante siglos bajo diferentes formas de dominación y aunque el colonialismo ya no existía, subsistían formas de intervención estructuralmente colonialistas. La declaración puso especial énfasis en la identificación de un enemigo: Estados Unidos. Y Cuba fue ubicada en un lugar ejemplar:

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo. ¿Y qué enseña la revolución cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla, que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos (Castro, 1962).

Gracias a la experiencia cubana, la revolución socialista en América Latina se volvía posible: no sólo por su carácter ejemplar sino también por la autonomía respecto de la experiencia soviética y de la bipolaridad mundial.

Sin embargo, como sostuvo Gustavo Morello, la Revolución Cubana no fue vista sólo como un ejemplo para todos los revolucionarios de América Latina, sino que también como vanguardia de la revolución. Según el autor,

el éxito de la revolución cubana hizo nacer, en la década del '60, una especie de certidumbre revolucionaria. Había una atmósfera revolucionaria generalizada que observaba con optimismo que el fantasma del comunismo recorría el mundo, y ahora podía encarnarse. Cuba, además de un ejemplo, significó un quiebre: en el sentido de romper con la concepción tradicional del marxismo, y mostró cómo hacerlo. La Revolución hizo más seductor al socialismo y a la izquierda en general, que el marxismo oficial. Generó una suerte de movimiento social de izquierda, que creaba un gran dinamismo en torno a las ideas de la izquierda revolucionaria transformadora (2003: 125).

En efecto, tal como mostró el espíritu de la Segunda Declaración de la Habana, los líderes cubanos estaban preocupados por expandir y vehicular la revolución en todo el continente, difundiendo la estrategia insurreccional cubana, la guerra de guerrillas, como método revolucionario, e involucrándose de manera directa a través del entrenamiento de entre 2000 y 3000 guerrilleros latinoamericanos que entre 1962 y 1967, y abasteciendo de armas y dinero (Moniz Bandiera, 2008: 469).

En 1967 se creó la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), conformada por varios grupos revolucionarios de la región, que tenían en común un fuerte sentimiento antiimperialista y compartían la estrategia cubana. El mecanismo postulado para extender la revolución a toda América Latina fue explicitado una vez más: la lucha armada y la guerra de guerrillas. La primera conferencia de la OLAS se realizó del 31 de julio al 10 de agosto de 1967 y estuvo dirigida por el filósofo marxista Régis Debray. La delegación argentina estuvo presidida por John William Cooke (1920-1968), figura central de la izquierda peronista (4). También viajaron Emilio Maza, Norma Arrostito, Fernando Abal Medina, Roberto Quieto y Juan García Elorrio (Gillespie, 2008: 98). El seminarsita Elorrio era el director de la revista *Cristianismo y Revolución*, un semillero ideológico de la radicalización de las vertientes de la izquierda peronista y el organizador del comando de acción Camilio Torres –nombre que brindaba homenaje al cura y guerrillero colombiano caído en 1967 (Campos, 2016). En estos ámbitos de militancia católica revolucionaria iniciaron su trayectoria política quienes luego formarían la guerrilla Montoneros, entre ellos, Maza, Arrostito, Abal Medina y, en una etapa posterior, Quieto (5). El acto con el que Montoneros se dio a conocer públicamente en 1970, el secuestro y posterior asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, uno de los cabecillas del golpe de Estado que había derrocado a Juan Domingo Perón en 1955, puso en escena la opción por las armas de manera espectacular, en una operación de gran impacto simbólico como lo fue el enjuiciamiento y asesinato de un personaje emblemático del autoritarismo y la violencia política argentina a manos de un grupo de jóvenes radicalizados en contra de la dictadura vigente y en pos del socialismo.

El surgimiento de los Montoneros: peronismo, antiimperialismo y lucha armada

Montoneros no tuvo un pensamiento político único, monolítico e invariable. En cambio, en esta organización confluyó un conjunto de tradiciones diversas, que fueron apropiadas y resignificadas por la organización a lo largo de su trayectoria y a la luz de las distintas coyunturas políticas. Existe una serie de trabajos que han analizado de manera general a Montoneros y su derrotero (Gillespie, 2008; Lanusse: 2005). También, las principales influencias en sus orígenes: el cristianismo “liberacionista” y sus ámbitos de militancia, de donde provenían muchos de los miembros originarios de Montoneros (Morello: 2003; Donatello: 2010; Campos: 2016); el peronismo, que persistirá como fuente de experiencias y como tradición de peso para la construcción de una identidad popular a lo largo de su trayectoria, aunque con sucesivas crisis y resignificaciones vinculadas en buena medida a los problemas que enfrentó la organización para insertarse en el movimiento peronista (Sigal y Verón: 2008; Otero: 2016); y el marxismo, aunque esta tradición cobrará presencia en las lecturas políticas y el discurso montonero a partir de 1973, cuando la organización se fusione con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (González Canosa, 2012). Tal como he señalado, uno de los legados más significativos del imaginario tercermundista latinoamericano de la década del sesenta fue el de posicionar a Cuba como un ejemplo contundente de que la revolución era posible, y la guerra de guerrillas, la metodología adecuada para lograrlo. Montoneros no fue ajeno a dicha influencia. Sin embargo, el legado de la Revolución Cubana no tendrá el peso de una tradición política sino el de una fuente de experiencia y aprendizaje, que se combinará con una recepción e interpretación de la doctrina peronista y con una lectura respecto de la realidad argentina. Esta porción del pensamiento montonero en sus orígenes es la que intentaré mostrar e interpretar en las líneas siguientes.

En abril de 1971, el Nº 28 de la revista *Cristianismo y Revolución* difundió el Reportaje a la guerrilla argentina, una serie de entrevistas a las organizaciones Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y Montoneros. Las mismas habían sido publicadas originalmente en el periódico cubano *Granma*. En su entrevista, Montoneros reafirmó su identidad peronista y se refirió al cristianismo, a la operación Aramburu, a las estrategias generales de la organización, al carácter latinoamericano de la revolución y al rol de Cuba. A la pregunta respecto de la ideología del movimiento, Montoneros respondió:

Somos peronistas aunque provengamos de distintos orígenes y formaciones. El peronismo tiene una doctrina creada en 1945 que se fue reelaborando y actualizando durante los 25 años posteriores. Esta doctrina se sintetiza en las tres banderas del movimiento: Independencia Económica, Justicia Social y Soberanía Política. Estas tres banderas en 1970 se expresan a través de la necesidad de lograr un desarrollo económico independiente y una justa distribución de la riqueza, dentro del marco de un sistema

socialista que respete nuestra historia y nuestra cultura nacional. Por otro lado, la doctrina fue definida por su creador, el General Perón, como profundamente nacional, humanista y cristiana, respetuosa de la persona humana sobre todas las cosas (AA. VV., 1971: 71).

A un año de su aparición en la escena política, Montoneros consideró al peronismo como un movimiento de liberación nacional y lo asoció a un proyecto de carácter socialista, algo a lo que había contribuido también el propio Perón en los últimos años de la década anterior, en entrevistas, cartas y libros, al difundir ideas como la de “socialismo nacional”, tan mentada por los jóvenes revolucionarios (Otero, 2017). Algo que Silvia Sigal y Eliseo Verón han caracterizado como un *aggiornamiento* en la palabra de Perón en el último tramo de su exilio, que permitió equiparar su figura a la de un líder revolucionario, en un marco de expansión de las ideas antes caracterizadas respecto de la revolución en la región. *Aggiornamiento* que concluiría en junio de 1973 con su regreso definitivo al país y con la victoria electoral de su fuerza política, primero en la figura del presidente Héctor Cámpora y luego, con su propia elección como presidente en septiembre de ese año (2008: 136).

En la misma entrevista publicada en *Cristianismo y Revolución*, a la pregunta acerca de la proyección de la revolución a escala latinoamericana, Montoneros respondió que

...el general Perón sentó, hace muchos años, la doctrina de la Tercera Posición. Esto nosotros no lo vemos, por supuesto como una equiparación del campo imperialista y del socialista, sino como una forma de vinculación solidaria activa con los pueblos latinoamericanos, asiáticos y africanos, los del llamado Tercer Mundo, explotados por el colonialismo y el imperialismo. En cuanto a Latinoamérica, no sólo la doctrina, sino también la historia común, determina los lazos fraternos entre nuestros países. Por eso al igual que San Martín y Bolívar, como otros próceres hispanoamericanos, necesitaron unirse para independizar a América del dominio español, también hoy nosotros necesitamos unirnos a escala continental para liberarnos del yugo yanqui y de las oligarquías nativas (1971: 71).

Como puede verse en estas definiciones, Montoneros recuperaba la Tercera Posición, eje del pensamiento nacionalista y antiimperialista del peronismo clásico, pero lo vinculaba con la historia pasada y con el imaginario tercermundista posterior, operación simbólica que le permitió caracterizar el proceso como una segunda guerra de independencia.

Finalmente, a la pregunta respecto de la valoración que la organización guerrillera tenía sobre la revolución en Cuba, si bien la experiencia cubana fue ponderada como ejemplo, Montoneros también tomó distancia:

la valoramos con respeto y admiración hacia el proceso vivido por el pueblo cubano que es ejemplo para nuestros pueblos. El hecho de que no haya conseguido aún la concreción de la prosperidad económica, solo significa que la lucha por la toma del poder es difícil, la

creación de Estado Revolucionario y la consolidación de su economía, son más difíciles aún. Evidentemente para consolidar ese proceso revolucionario, al igual que en el resto del continente, es necesario hacer la revolución en nuestros países. Entendemos que Cuba necesita la integración geopolítica con una Latinoamérica revolucionaria. Nuestra solidaridad y simpatía por la Revolución Cubana, expresan el reconocimiento a su valioso aporte en esa segunda etapa de la independencia de nuestras naciones, lo cual no significa que pensemos que para la Argentina haya que copiar exactamente su modelo. Cada pueblo tiene sus propias características que deben ser tenidas en cuenta (Ídem).

En este sentido, cabe recuperar el análisis de Esteban Campos sobre la sección de entrevistas a la guerrilla y, en general, sobre notas aparecidos en la revista *Cristianismo y Revolución*. Según Campos, en estas notas persistía aún “el sabor exótico” de la revolución en el Tercer Mundo, pero también el asesinato del Che en 1967 como ejemplo de entrega y martirio. Cuba y el Che perduraban en los primeros años de la década “como destello ejemplar de la nueva era por venir, porque el [sic] mismo había sentenciado que ‘en toda revolución verdadera se gana o se muere’. Era un horizonte donde importaba menos la sociedad por construir, que el vital espíritu guerrero de crear uno, dos, tres, muchos Vietnam” (2009: 8).

Sin embargo, la radicalización política en los primeros años de la década del setenta implicó definiciones respecto de la forma en que se concretaría la revolución en la Argentina, algo que queda en evidencia en la correspondencia intercambiada entre Montoneros y Perón también durante 1971. La doble adhesión de Montoneros a la guerra de guerrillas al estilo cubano y al peronismo como identidad política supuso un desafío en su pertenencia a este movimiento político, en un marco en el que sectores con tendencias ideológicas y contradictorias entre sí disputaban la posibilidad de ocupar un lugar de privilegio dentro del peronismo (Nahmías, 2013). En ese entonces, el peronismo tenía un líder imposibilitado de regresar al país que no se definía claramente por ningún sector, sino que otorgaba, como estrategia a corto plazo, la mayor amplitud posible al movimiento.

En una carta fechada el 9 de febrero, los Montoneros transmitieron a Perón que tenían claridad respecto de la doctrina y de la teoría, de la que extraían una estrategia:

el único camino posible para que el pueblo tome el poder e instaure el socialismo nacional, es la guerra revolucionaria total, nacional y prolongada, que tiene como eje fundamental y motor al peronismo. El método a seguir es la guerra de guerrillas urbana y rural (Baschetti, 2004: 128).

En una carta firmada con fecha del 20 de febrero del mismo año, Perón contestó punto por punto a las inquietudes transmitidas por Montoneros en su carta y señaló que

como ustedes dicen con gran propiedad, cuando no se dispone de la potencia y en cambio se puede echar mano a la movilidad, la guerra de guerrillas es lo que se impone en la ciudad o en el campo. Pero, en este caso es necesario comprender que se hace una lucha de desgaste como preparación para buscar la decisión tan pronto como el enemigo se haya debilitado lo suficiente. Por eso la guerra de guerrillas no es un fin en sí misma sino solamente un medio y hay que pensar también en preparar el dispositivo general que aun no interviniendo en la lucha de guerrillas, debe ser factor de decisión en el momento y en el lugar en que tal decisión debe producirse (Baschetti, 2004: 132).

Como puede entreverse en las palabras de Perón, la intervención de Montoneros era valorada en términos de desgaste del enemigo, manteniendo, sin embargo, la ambigüedad en torno al proyecto político, a su alcance y al sesgo ideológico que se la daría al proceso. Esta ambigüedad posibilitó a Perón una estrategia de poder, y contó con el apoyo decisivo de Montoneros y de sus organizaciones de superficie. Estas agrupaciones participaron activamente en la campaña electoral que condujo a la victoria de Cámpora en 1973.

En la entrevista publicada en *Cristianismo y Revolución*, además de la reafirmación de su identidad peronista, los Montoneros habían brindado una serie de definiciones. Vincularon al peronismo con los movimientos de liberación nacional, propios de la concepción del Tercer Mundo que caracterizó a la Nueva Izquierda en su primera fase pero que, como se ha visto, también estuvieron presentes en el espíritu de la Segunda Declaración de la Habana, en la que se había afirmado la presencia de un proceso universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes. En sus respuestas respecto del rol de Cuba, emergieron dos ideas que se anudan a la identidad montonera y los define en tanto izquierda peronista: Argentina comparte con los pueblos del Tercer Mundo no sólo la condición de países explotados, dependientes y sometidos, sino también una historia, lo que implica un “nosotros” inclusivo, un sentido de pertenencia. Una identidad: una historia común de dominación, compartida por toda América Latina.

Aún cuando la identificación entre peronismo y fidelismo fue minoritaria dentro de la izquierda peronista anterior a Montoneros y estuvo encarnada casi exclusivamente en la figura de John William Cooke (5), la idea de Tercer Mundo permitió un acercamiento entre las dos experiencias. En definitiva, había un punto en común inexorable: un fuerte sentimiento antiimperialista. Como sostuvo Richard Gillespie algunos montoneros consideraban que el objetivo perseguido era una variante nacional del socialismo; otros creyeron ver en el peronismo una forma socialista de revolución nacional: “sin embargo, todos creían que la ‘principal contradicción’ que afectaba a la Argentina era la del nacionalismo frente al imperialismo” (2008: 125).

En julio de 1972 Montoneros enfrentó la primera disidencia interna, cuando la columna Sabino Navarro, de la provincia de Córdoba, manifestó en un documento que circuló entre la militancia

conocido como el “documento verde”, un conjunto de críticas a las ideas que habían guiado a los Montoneros desde su surgimiento hasta entonces (Inchauspe y Noguera, 2015). Entre estas críticas, hubo una que se centró en la forma en que la organización había conceptualizado y considerado a la Revolución Cubana. Según esta crítica, la Revolución Cubana había influido sobre la pequeña burguesía radicalizada fundamentalmente a nivel metodológico, es decir, la idea de la lucha armada generada por el foco rural, lo que se había combinado con un misticismo heroico. De esta forma, según esta crítica, Montoneros había caído en una “idealización” de la lucha armada y había considerado mecánicamente que el peronismo necesitaba “la organización del pueblo a la que solo le bastaba introducirle la conciencia armada por arriba” (AA.VV, 2006: 7). De esta forma, la primera disidencia que enfrentó la organización cuestionaba la idea de vanguardia que había caracterizado a los Montoneros en sus primeros años de existencia, asociándola a una lectura mecánica y desacertada de la Revolución Cubana.

A fines de 1972 Montoneros revisará su auto-caracterización como vanguardia armada y dedicará sus esfuerzos a las tareas de superficie, relegando las operaciones armadas, reformulando sus estructuras y pasando a ser una “organización político-militar”, y concentrándose en la campaña por el regreso de Perón. No obstante, una vez que Perón recuperó el poder, las diferencias respecto del proyecto político, esto es, sobre la instalación del socialismo -algo que nunca había formado parte del pensamiento político de Perón, más allá de la ambivalencia de sus pronunciamientos en los últimos años de su exilio- fueron motivo de un espiral de tensión creciente entre la organización y el líder y ahora presidente Perón. Ante un proyecto estatal enmarcado en los términos de la democracia liberal, Montoneros, una organización armada surgida en el marco de una dictadura militar, perdió su sentido de ser, al menos en los marcos del proyecto de Perón. De allí en más las contradicciones serán cada vez más fuertes hasta que, finalmente, tendrá lugar una ruptura definitiva entre la guerrilla más grande de Latinoamérica y su líder, algo que constituirá la materia de futuras reflexiones.

Reflexiones finales

Es posible sostener que la experiencia cubana fue un puente entre la Nueva Izquierda, el nacionalismo y el peronismo que permitió, en el contexto de la década del setenta, revalorizar una historia común para América Latina y proponerse una revolución en la Argentina en la experiencia montonera. Una de las nociones de mayor eficacia en esta vinculación de corrientes fue la de antiimperialismo que, en tanto “idea fuerza”, permitió mancomunar experiencias divergentes pero con un punto en común claro: tal como la historia de América Latina lo mostraba y la experiencia cubana lo actualizaba, el imperialismo (encarnado en los

Estados Unidos) era el enemigo fundamental y la independencia nacional el objetivo para el logro de la liberación de los pueblos. De alguna manera, el antiimperialismo, en un clima de época fecundo para la promoción de experiencias revolucionarias, permitió dar sentido y unidad a experiencias políticas de diversas tradiciones ideológicas. Montoneros, como he intentado mostrar, elaboró un antiimperialismo de raigambre peronista, vinculado a la soberanía política y la independencia económica. Pero también, a la luz del ejemplo cubano, del clima de época y de las propias ambigüedades de Perón desde el exilio, un antiimperialismo que tenía origen en la experiencia histórica latinoamericana y que debía ser llevado hasta las últimas consecuencias si verdaderamente quería cambiarse la realidad social. Tal vez esto permita comprender la contradicción entre la idea de justicia social a través de la intervención estatal (que Perón intentó poner en práctica una vez que recuperó el poder) y la idea de abolición de las clases e instalación del socialismo. Esta constituyó sin dudas una de las contradicciones más determinantes del accionar de Montoneros y su derrotero político.

Notas

(1) Cabe mencionar que el sentimiento anti-norteamericano también fue central en la tradición del radicalismo argentino. El líder de la Unión Cívica Radical, Hipólito Yrigoyen, se refirió numerosas veces a los lazos que unían a las naciones de América Latina y las distinguían de los Estados Unidos, y lideró la lucha por el control estatal de petróleo, cuestionando que se encontrara en manos de empresas norteamericanas como la Stándar Oil. Asimismo, entre los jóvenes radicales de Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), el rechazo a los Estados Unidos tuvo un rol central. Al surgir como grupo, plantearon entre sus fundamentos una clara posición antiimperialista enfrentada tanto a ese país como a Gran Bretaña (Snow, 1972: 63 y 84).

(2) En la Argentina se registraron al menos tres importantes intentos de instalar focos guerrilleros rurales en el norte del país, hasta que en la década del setenta, una vez asesinado el Che Guevara en Bolivia y fracasada la intención de proyectar la Revolución Cubana a escala continental, emergió la idea de foco urbano, a partir de una interpretación de las particularidades de un país altamente industrializado y urbanizado. Primero la guerrilla peronista Uturuncos en 1959; luego el Ejército Guerrillero del Pueblo (con influencia directa del Che Guevara) en 1963; finalmente, el también peronista Destacamento Guerrillero 17 de octubre en 1968.

(3) El imaginario tercermundista recibió también una contribución decisiva de la radicalización del mundo católico: el Concilio Vaticano II llamado por el papa Juan XXIII en 1962 y, posteriormente, la encíclica *Populorum Progressio* proclamada por el papa Pablo VI el 26 de marzo de 1967, habían enfatizado en la miseria en la que se encontraban los pueblos en vías de desarrollo, denunciando el desequilibrio entre los países pobres y los países ricos, y vinculando la pobreza en la que se encontraba el llamado Tercer Mundo con condiciones inhumanas que era necesario revertir, anticipando y legitimando una reacción violenta de estos pueblos. Los católicos radicalizados formaron parte activa del despertar de un profundo compromiso social y en la disposición al sacrificio que implicó posteriormente la lucha armada. (Löwy, 1999).

(4) Cooke, diputado por el peronismo entre 1946-1952, fue un importante referente de la izquierda peronista luego del derrocamiento de Perón en 1955, cuando comenzaron a aparecer las primeras tendencias de izquierda al interior del movimiento. Hasta 1959 fue el principal líder de la resistencia peronista y representante de Perón en Argentina. En

1960 viajó a la Cuba revolucionaria. Su obra historiográfica durante la década del sesenta representó un esfuerzo por acercar al peronismo con la Revolución Cubana (Gillespie, 1989).

Bibliografía

- AA.VV. (2006). Documento verde. *Lucha Armada en la Argentina*, 6, pp. 4-48.
- Ansaldi, W. (2002). *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*. La Plata: Editorial Al Margen.
- Arnaud, P. (1987). El Estado Nacional en América Latina: una derivación del capital. En Pla, A. (Comp.). *Estado y Sociedad en el Pensamiento Norte y Latinoamericano* (pp. 62-89). Buenos Aires: Cántaro.
- Artaraz, K. (2011). *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años '60*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Baschetti, R. (2004). *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular* (Vol. I). La Plata: De la Campana.
- Campos, E. (2009). Armar la política. Los reportajes a la guerrilla argentina en *Cristianismo y Revolución* (1970-1971). Ponencia presentada en *XII Jornadas Interescuelas y/o Departamentos de Historia*. Universidad Nacional del Comahue, Río Negro.
- Campos, E. (2016). *Cristianismo y Revolución. El origen de los Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*. Buenos Aires: Edhasa.
- Castro, F. (1962). Segunda Declaración de la Habana. Recuperado de http://www.pcc.cu/pdf/documentos/otros_doc/segunda_declaracion_habana.pdf
- Corigliano, F. (2009). La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial. *Todo es Historia*, 506, pp. 54-74.
- Donatello, L. (2010). *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Manantial.
- Escribano Hervis, E. (2016). El proyecto cultural liberador de José Martí para su tiempo y para el siglo XXI. *Hallazgos*, 25, pp. 65-87.
- Funes, P. (2006). *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gillespie, R. (1989). *J.W. Cooke. El peronismo alternativo*. Buenos Aires: Cántaro.
- Gillespie, R. (2008). *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Guadagni, A. (2008). *Braden o Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González Canosa, M. (2012). *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias: orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)*. Tesis de Doctorado, FHCE, UNLP.

- Inchauspe, L. y Noguera, A. (2015). 'Ya éramos en origen algo distinto'. *La Columna Sabino Navarro* y su desarrollo en la Córdoba de los '70. *Estudios*, 34, Universidad Nacional de Córdoba.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- Löwy, M. (1999). *Guerra de dioses. Religión y política en América Latina*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Moniz Bandeira, L. (2008). *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Morello, G. (2003). *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba.
- Nahamías, G. (2013). *La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política (Argentina 1969-1973)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Otero, R. (2016). *Montoneros y la memoria del primer peronismo. Símbolos, líderes y actores*. Tesis de doctorado, FCS, UBA.
- Otero, R. (2017). Montoneros y la memoria del primer peronismo: representaciones sobre Juan Domingo Perón (1967/1972). Ponencia presentada en *XII Jornadas de Sociología. Recorridos de una (in)disciplina. La Sociología a sesenta años de la fundación de la Carrera*. FSOC, UBA.
- Page, J. (1984). *Perón. Primera Parte (1895-1952)*. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Panella, C. (2004). Las elecciones presidenciales de 1946 y el peronismo naciente vistos por el periódico *La Vanguardia*. *Revue de Civilisation Contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale Europes/Amériques*. Recuperado de <http://amnis.revues.org/772>
- Petras, J. (1986). La clase trabajadora y la revolución cubana. En *Clase, Estado y Poder en el Tercer Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, S. y Verón, E. (2008). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Snow, P. (1973). *Radicalismo Argentino*. Buenos Aires: Editorial Francisco Aguirre.